

Necesidad de una Teología “relevante”

La búsqueda de nuevos representativos de la divinidad desde las instituciones teológicas de ADOLPHE GESCHÉ

Una reflexión a los 50 años del IX Sínodo de Canarias

JUAN PEDRO RIVERO GONZÁLEZ
Profesor del ISTIC-Tenerife

Resumen

Ni del teólogo como *sujeto* ni de la teología como *disciplina* se espera algo relevante. No se percibe su contribución como necesaria para la persona y para la sociedad. Nosotros sabemos la importancia antropológica que encierra el esfuerzo por pensar la experiencia de la fe. Por ello, esta valoración de irrelevancia teológica nos resulta decepcionante y empobrecedora. Nuestro objetivo es preguntarnos si existen caminos transitables para una teología *relevante*, que ofrezca nuevos *esquemas representativos* en su discurso, como servicio al conocimiento de Dios como Él quiso ser conocido. La búsqueda de nuevos esquemas representativos a la que nos insinúa Benedicto XVI, o la adaptación y evolución del concepto de Dios a nuevos horizontes de interpretación que nos indica Philip Clayto. Para ello, aunque el teólogo belga Adolphe Gesché no es el único, es uno de los que consideramos más interesantes en este esfuerzo por pensar nuevos *esquemas representativos* en los que ofrecer el vino, permanentemente nuevo, de la fe a todos los hombres de nuestra época.

Esta reflexión se inserta en la publicación-reflexión que elabora el ISTIC-Gran Canaria con ocasión del 25 aniversario de la celebración del IX Sínodo Diocesano de la Diócesis de Canarias. En sus constituciones se insinúa esta necesidad de servicio pastoral que ilumina situaciones nuevas y que abre nuevas *perspectivas* a la reflexión.

Palabras clave:

Teología; historia de la teología; nuevos esquemas representativos; depósito de la fe; formulación de la fe; Magisterio; Evangelización; Sínodo diocesano; diócesis de Canarias.

Summary

Neither the theologian as *subject* nor of theology as a *discipline* is expected something relevant. Do not perceive their contribution as necessary for the person and for society. We know the anthropological importance of the effort to think about the experience of faith. For this reason, this assessment of theological irrelevance is disappointing and impoverishing. Our objective is to ask ourselves if there are passable ways for a *relevant* theology, which offers new *representative schemes* in its discourse, as a service to the knowledge of God as He wanted to be known. The search for new representative schemes to which Benedicto XVI insinuates us, or the adaptation and evolution of the concept of God to new horizons of interpretation that *Philip Clayto* tells us. To this end, although the Belgian theologian *Adolphe Gesché* is not the only one, he is one of the most interesting in this effort to think of new representative schemes in which to offer the permanently new wine of faith to all men of our time.

This reflection is inserted in the publication-reflection made by ISTIC-Gran Canaria on the occasion of the 25th anniversary of the *IX Diocesan Synod* of the Diocese of the Canaries. In their constitutions this need for pastoral service is insinuated which illuminates new situations and opens new perspectives for reflection.

Keywords:

Theology; History of theology; New representative scheme; Deposit of faith; Formulation of faith; Teaching; Evangelization; Diocesan Synod; Diocese of the Canaries.

Introducción

La constitución nº 455 del IX Sínodo de Canarias afirma:

«Dentro del desarrollo de la formación de los creyentes, el CET tiene una función insustituible y a él se le pide:

a) Que favorezca y desarrolle la labor de investigación, promoviendo la reflexión teológica desde las claves culturales que nos son propias (AG 22).

- b) *Que ilumine los problemas y situaciones que le sean planteados por los diversos organismos y el Pueblo de Dios en general en el desarrollo de la vida cristiana.*
- c) *Que imparta una docencia de calidad, seria y profunda; abriendo perspectivas desde las claves de la Tradición de la Iglesia y del pluralismo.*
- d) *Que coordine y potencie los niveles de formación»¹.*

Promover la reflexión teológica, iluminar los problemas y situaciones, abrir nuevas perspectivas..., son tres afirmaciones contundentes. Esta pretensión sinodal supone una *relevancia* teológica que hemos de valorar 25 años después. El Sínodo afirma lo que afirma la Iglesia y lo que ésta supone como carisma específico del servicio pastoral del quehacer teológico. ¿Se cumple adecuadamente?

No nos hace falta recurrir a muchas fuentes para tener la certeza de la escasa relevancia que posee la teología en el actual ambiente intelectual y en la cultura general que nos circunda. Su contenido no deja de ser *lo que estudian los sacerdotes* y poco más para un número significativo de contemporáneos. Al menos en los ambientes mediterráneos, en los que la trascendencia ha dejado de ser reflexionada en los centros universitarios públicos. Ni del teólogo como sujeto ni de la teología como disciplina se espera algo relevante que se perciba como contribución necesaria para la persona y para la sociedad.

A nuestro juicio, como al de toda persona dedicada a estos menesteres teológicos, porque sabemos la importancia antropológica que encierra el esfuerzo por pensar la experiencia de la fe, nos resulta una valoración decepcionante y empobrecedora. ¿Dónde está la responsabilidad de esta situación? ¿Podemos centrarla en la dinámica secularizadora, antirreligiosa, en las consecuencias exageradas y radicales de una modernidad trasnochada? ¿No tendrá el mismo quehacer teológico algo de responsabilidad en esta forma de malentender la labor teológica por la cultura actual?

El Papa Francisco ha propuesto recientemente un criterio de valor para el quehacer teológico que es importante acoger como llamada para la Iglesia en esta etapa de la historia de la evangelización. Actualmente se percibe en la vida de la Iglesia una necesidad fuerte: «(...) *crecer en [la] interpretación de la Palabra revelada y en [la] comprensión de la verdad*»². Esta expresión *crecer en la inter-*

¹ SÍNODO DIOCESANO DE LA DIÓCESIS DE CANARIAS, *Constituciones Sinodales*, Suplemento del Boletín Oficial del Obispado de Canarias, Gran Canaria 1992, 291-292.

² FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 40, in: *AAS* 105 (2013), 1038-1039. (En adelante EG).

pretación y en la comprensión de la verdad, como necesidad de la Iglesia misionera en relación con la Palabra, está en la línea de la consideración del Papa emérito Benedicto XVI en la última entrevista concedida a Peter Seewald, en la que manifiesta sin complejo cuál es la tarea pendiente de la Teología en el momento presente: «(...) *Es realmente importante que renovemos en muchos aspectos nuestro pensamiento, que eliminemos por completo estas nociones espaciales y entendamos las cosas de un modo nuevo. (...) Creo que aquí hay mucho que cambiar. Al igual que ha cambiado toda nuestra imagen del ser humano. [...] Es ante todo la teología la que debe ponerse a trabajar más a fondo en estas cuestiones para volver a proporcionar a las personas posibilidades representativas. En este punto, la traducción de la teología y la fe al lenguaje actual presenta todavía enormes deficiencias; es necesario crear esquemas de representación que ayuden a los hombres a entender en la actualidad que no deben buscar a Dios en un lugar concreto. Aquí hay mucho que hacer*»³.» Le pide a la teología, como vemos, crear nuevos esquemas de representación con el fin de ayudar a las personas a entender mejor a Dios.

La necesaria tarea de la Teología es, a juicio del Papa Francisco, una extraordinaria ayuda en orden a madurar el juicio de la Iglesia. La Teología, junto a otras ciencias y saberes humanos, aporta un bien a la Iglesia «*para sacar indicaciones concretas que le ayuden a desempeñar su misión de Magisterio*»⁴. Estos nuevos esquemas de representación de la divinidad son una tarea abierta para el quehacer teológico en tiempos misioneros.

En un sentido complementario se expresa el filósofo y teólogo Philip Clayton, en un artículo publicado en la revista *Concilium*, nº 337, de 2010⁵, cuando diagnostica que «*El resultado evidente ha sido una notable "guetización" de la teología. Sus preocupaciones parecen cada vez más irrelevantes a la sociedad y a sus más urgentes desafíos. Incluso muchos que aún se mantienen en la órbita de la Iglesia, han comenzado a desarrollar una actitud similar sobre su propia tradición religiosa. Así pues, aun cuando usen el lenguaje bíblico y de la fe y puedan haber tenido experiencias espirituales que suenan a cristianas, no opinan que este lenguaje se oponga a la visión secularizada del mundo que han asumido por su*

³ PETER SEEWALD, *Benedicto XVI. Últimas conversaciones*, Mensajero, Bilbao 2016, 288-290.

⁴ EG, 40, citando a JUAN PABLO II, *Motu proprio Socialium Scientiarum* (1 enero 1994): AAS 86 (1994), 209.

⁵ PHILIP CLAYTON, *¿Por qué debe evolucionar el teísmo en la era de la ciencia?*, en *Concilium*, 337 (2010) 569-581.

educación, sus colegas y sus lecturas. Todo un signo realmente grave de que la teología cristiana se ha hecho irrelevante incluso para los cristianos. [...] El cristianismo siempre se ha adaptado a nuevas filosofías y contextos culturales, proclamando la enseñanza de Jesús de formas siempre nuevas. En efecto, es imposible no interpretar el mensaje cristiano de nuevos modos, puesto que nuestro propio horizonte de interpretación está constantemente desplazándose. Sin embargo, con el avance del laicismo y la desaparición de la cristiandad, es mucho lo que ahora está en juego. Como vemos en muchas partes del mundo, una nueva generación que no logra encontrar algo importante en las antiguas enseñanzas, simplemente deja de asistir a las viejas iglesias. La Iglesia como tal puede aún sobrevivir. Pero a menos que permitamos que nuestros conceptos de Dios evolucionan, de modo que afronten esta crisis de relevancia y hablen con más fuerza al mundo contemporáneo, la influencia de la Iglesia solo puede ir mermando cada vez más”⁶. Es importante subrayar la irrelevancia que ofrece la teología al pensamiento actual. Las preocupaciones de la teología parecen cada vez más irrelevantes a la sociedad y a sus más urgentes desafíos. ¿Sentimos la verdad de esta expresión? ¿Sentimos la necesidad de rearmar la relevancia de este saber humano que piensa a Dios y a la fe cristiana que responde a su voluntad reveladora?

Este es nuestro objetivo en el presente trabajo. Por ello el título, que pretende ofrecer caminos transitables a una Teología relevante que ofrezca nuevos esquemas representativos en su discurso, como servicio al anuncio del don de conocer a Dios como Él quiso ser conocido. La búsqueda de nuevos esquemas representativos que nos insinúa Benedicto XVI, o la adaptación y evolución del concepto de Dios a nuevos horizontes de interpretación que nos indicaba Clayton, sugiere que la teología tiene que modificar su servicio a la persona humana y en la Iglesia. La física, la biología, la neurociencia, etc., nos ofrecen un esfuerzo de superación de viejos modos de repetir esquemas representativos, válidos para otra generación, que ya no es la nuestra y, mucho menos, la de las generaciones que nos relevan⁷. Aquí se inserta la demanda del IX Sínodo de Canarias que

⁶ *Ibidem*, 580-581.

⁷ No me resisto en este momento a señalar la sorprendente y creativa aportación DE BUENO DE LA FUENTE, ELOY, *El Mensaje de Fátima. La misericordia de Dios: el triunfo del Amor en los dramas de la historia*, Ed. Monte Carmelo, Colección «Espíritu Norte», Burgos 2013, 285 pp. El Catedrático de Teología Dogmática de la Facultad del Norte de España, Sede de Burgos, y profesor de Cristología y Teoría del Conocimiento, nos sorprende con esta obra en la que aborda teológicamente el acontecimiento de las *mariofanías* de Fátima y los mensajes a los pastorcillos. Una sorpresa porque la teología no se había asomado nunca con rigor a estos aspectos de la piedad del

pide al esfuerzo teológico en la Iglesia particular *promover la reflexión* teológica, *iluminar* los problemas y situaciones, *abrir nuevas perspectivas...*

La teología mira a sus *fuentes* por necesidad metodológica; pero mira a la evolución del ayer y a la necesidad de releer la buena noticia de Jesús hoy. No hay temas que no deban ser repensados y releídos por y con pasión y amor a la verdad salvífica. El mismo Papa Francisco –sírvanos a modo de ejemplo de lo que venimos diciendo–, haciendo referencia al lugar que la mujer está llamada a ocupar en la sociedad y en la Iglesia, realiza una fuerte llamada a la reflexión teológica válida para toda reflexión de la fe: «*Aquí hay un gran desafío para los pastores y para los teólogos, que podrían ayudar a reconocer mejor lo que esto implica con respecto al posible lugar de la mujer allí donde se toman decisiones importantes, en los diversos ámbitos de la Iglesia*»⁸.

Pocas palabras más hacen falta para descubrir en el siguiente texto el objeto de una urgente llamada de la Iglesia a quienes ejercemos el noble servicio de comprender, pensar y enseñar la fe con el rigor de un saber y con la fidelidad de un creyente:

*«La Iglesia, empeñada en la evangelización, aprecia y alienta el carisma de los teólogos y su esfuerzo por la investigación teológica, que promueve el diálogo con el mundo de las culturas y de las ciencias. Convoca a los teólogos a cumplir este servicio como parte de la misión salvífica de la Iglesia. Pero es necesario que, para tal propósito, lleven en el corazón la finalidad evangelizadora de la Iglesia y también de la teología, y no se contenten con una teología de escritorio»*⁹.

Un intento de iluminar nuestro trabajo para cumplir con esta *convocatoria* pontificia pretendo con esta aportación. Ayudado, sin duda, de quienes ya han convertido en vida este esfuerzo, en otros ámbitos y con mayor capacidad, y que últimamente se nos aproximan por el esfuerzo de serios editores¹⁰. Adol-

Pueblo de Dios, pero una necesidad porque si Dios es el objeto de la reflexión teológica y el Magisterio ha reconocido la verdad de las apariciones, la teología debe visitar este acontecimiento ofreciéndole las herramientas de la reflexión desde los fundamentos de la Revelación y de la fe. Consideramos que la intención del autor y el recorrido realizado, aporta a la fe de los cristianos un servicio que venía siendo del todo necesario.

⁸ EG, n. 133.

⁹ EG, n. 133.

¹⁰ Nos referimos al recientemente desaparecido Adolphe Gesché, erudito y creativo profesor de Teología dogmática en la Universidad Católica de Lovaina. La editorial Sígueme viene ofreciendo la traducción de sus obras a la lengua castellana. Podemos encontrar una aproximación a su itinerario bibliográfico en GESCHÉ, ADOLPHE, *La Teología*, Sígueme, Salamanca 2017, 195-204. De

phé Gesché no es el único, pero es uno de los que consideramos más interesantes en este esfuerzo por pensar nuevos *esquemas representativos* en los que ofrecer el vino, permanentemente nuevo, de la fe a todos los hombres de nuestra época.

1. La identidad profunda de la Teología: una vocación

Desde la naturaleza de la Teología

Cualquier itinerario teológico comienza introduciendo al estudiante o al curioso, siempre al creyente, en el estatuto epistemológico de ese saber que tiene como objeto a Dios como Él ha querido ser buscado en lo que sobre sí nos ha revelado¹¹. Su contenido específico se viene disputando un espacio con otra materia cercana, *Revelación y Fe* o *Teología Fundamental*, que a nuestro juicio recogen aspectos relacionados con sus fuentes y su estatuto científico que pudiera ser integrado dentro de una introducción general a la Teología. Sean aspectos unificados o abordados específicamente, lo que resulta necesario es reconocer la identidad y misión de la Teología y la vocación eclesial específica del teólogo.

Ha sido, sin duda, una extraordinaria aportación el documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre este particular. Especialmente los nú-

esta publicación extraemos bastantes de las intuiciones para convertir a la Teología en un saber sanamente *relevante*.

¹¹ Son abundantes los manuales de Introducción a la Teología. Personalmente encuentro interesantes los de MICHAEL SCHMAUS o RENÉ LATOURELLE, ambos pueden ser considerados como clásicos en este tema. En España se ha generalizado entre los profesores de la materia, en los centros de estudio y facultades, la obra de ROVIRA BELLOSO, JOSEP M., *Introducción a la Teología*, BAC, Madrid 1996, 384 pp. En su referencia bibliográfica se indica que actualmente se ha impuesto la *Introducción a la Teología*, como una disciplina de síntesis que investiga las fuentes y el método de la teología, sus objetivos, su previsible estatuto científico, sus mediaciones y sus criterios de certeza. En ella se ofrece un esquema en el que se estudiar la «revelación» y la «fe» (cap. I); la «unidad de la fe» y las «distintas teologías» (cap. II), así como el problema de la «teología como ciencia» (cap. III). Viene luego el tema de las fuentes del saber teológico, que tiene en Melchor Cano, en el siglo XVI su mayeuta indiscutible (cap. IV). Un quinto capítulo sobre las mediaciones de la teología da cuenta de las ciencias humanas que pueden ser asumidas por el teólogo, las cuales casi se corresponden con los tres últimos «lugares teológicos» de Cano: la razón humana, la historia y otras ciencias como la sociología y la psicología. En seguida vienen los tres grandes lugares tradicionales del saber teológico: la «Sagrada Escritura» (cap. VI); la «Tradicición» (cap. VII) y el «Magisterio» (cap. VIII). Ellos constituyen la cumbre del libro, que concluye con un enjundioso estudio sobre el «lenguaje» (cap. IX) y con la consideración de la teología como factor de «inculturación de la fe» (cap. X).

meros 6 al 12 del documento que centra su reflexión y criterios en la dimensión vocacional del teólogo¹². El documento distingue la vocación del teólogo¹³, y describe su tarea como «lograr, en comunión con el Magisterio, una comprensión cada vez más profunda de la Palabra de Dios». Es cierto que la verdad revelada supera nuestro modo de hablar, y los conceptos mentales siempre son imperfectos frente a la insondable grandeza de Dios, pero la revelación también convoca a nuestra razón a entrar en su luz, capacitándola así para comprender, en cierta medida lo que ha creído. La *Teología* busca la inteligencia de la fe respondiendo a la invitación de San Pedro (cfr. 1P 3, 15), a dar cuenta de la esperanza de la fe. Esta es su naturaleza y su estatuto epistemológico. Esta, y no otra, es la vocación *destacada* del teólogo entre las vocaciones que suscita el Espíritu Santo para el servicio de la Iglesia.

La *comunicación* de la verdad revelada es un aspecto fundamental en la naturaleza de la experiencia del creyente. La Teología nace desde la necesidad inevitable de comunicar la fe. El quehacer del teólogo responde, por tanto, a este *dinamismo* que habita en la fe misma¹⁴: la Verdad «*quiere comunicarse, porque el hombre ha sido creado para percibir la verdad y desea en lo más profundo de sí mismo conocerla para encontrarse en ella y descubrir allí su salvación*»¹⁵. Así pues, la teología indaga la «razón de la fe» y la ofrece como respuesta a quienes la buscan. Esta tarea constituye una parte integral de la obediencia a este mandato¹⁶ de la experiencia del discípulo, ya que las personas no podrán llegar a ser *discípulos* si no se les presenta la verdad –con categorías comprensibles y relevantes– que está contenida en la palabra de la fe.

La teología contribuye a que la fe sea *comunicable* y a que la inteligencia de los que no conocen todavía a Cristo la pueda *buscar* y *encontrar*. ¿Puede haber un servicio a la evangelización más necesario? La teología, que obedece así al impulso de la verdad que tiende a comunicarse, nace también del amor y

¹² CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum Veritatis*, Sobre la vocación eclesial del teólogo (14 de marzo de 1990), In: AAS 82 (1990), 1557ss.

¹³ Cfr. *Ibidem*, nº 6.

¹⁴ Cfr. *Ibidem*, nº 7.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ Cfr. Rm 10, 14 ss. «¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! Mas no todos obedecieron al evangelio; pues Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios».

de su profundo dinamismo. La teología es un acto de amor. Una forma eminente de caridad cristiana. «*En el acto de fe, el hombre conoce la bondad de Dios y comienza a amarlo, y el amor desea conocer siempre mejor a aquel que ama. De este doble origen de la teología, enraizado en la vida interna del pueblo de Dios y en su vocación misionera, deriva el modo con el cual ha de ser elaborada para satisfacer las exigencias de su misma naturaleza*»¹⁷.

El teólogo no es un espectador. No puede inhibirse en relación a la verdad que contempla y es imposible contemplar esta verdad sin la implicación de la propia existencia personal. El objeto de la teología es la *Verdad*, o sea, Dios vivo y su designio de salvación revelado en Jesucristo. Por ello, el teólogo está invitado vocacionalmente a intensificar su vida de fe y «*a unir siempre la investigación científica y la oración*»¹⁸. Esta actitud necesaria en el teólogo no desacredita el rigor científico de su trabajo, pues, de igual modo que ha de estar atento a su experiencia creyente, lo ha de estar del rigor académico de su saber. La Teología se ha convertido, a lo largo de los siglos, en un verdadero y propio «*saber científico*»¹⁹. Sería una traición a su vocación eclesial que el teólogo no estuviera atento «*a las exigencias epistemológicas de su disciplina, a los requisitos de rigor crítico y, por lo tanto, al control racional de cada una de las etapas de su investigación*»²⁰. No es, sin más, estas exigencias críticas un mero «*espíritu crítico*» que nazca de prejuicios propios. Es el sano equilibrio que hace del quehacer teológico «*un esfuerzo espiritual de rectitud y de santificación*»²¹.

La Teología surge de una confianza en la razón humana. No son pocas las corrientes filosóficas que actualmente niegan esta capacidad. Reconocemos la capacidad que posee la *razón humana* para alcanzar la verdad, como también su capacidad metafísica de conocer a Dios a partir de lo creado. En este sentido, la tarea propia de la teología, de *comprender* el sentido de la revelación, le exige la utilización interdisciplinar de conocimientos filosóficos que proporcionen «*un sólido y armónico conocimiento del hombre, del mundo y de Dios*», y puedan ser asumidos en la reflexión sobre la doctrina revelada. Asimismo las ciencias históricas y las «*ciencias humanas*», que contribuyen a

¹⁷ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Donum Veritatis*, n. 7.

¹⁸ *Ibidem*, n. 8.

¹⁹ *Ibidem*, n. 9.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Ibidem*.

comprender mejor la verdad revelada sobre el hombre y sobre las normas morales de su obrar, poniendo en relación con ella los resultados válidos de estas ciencias²².

Este esfuerzo le exige al teólogo *«asumir elementos de la cultura de su ambiente que le permitan evidenciar uno u otro aspecto de los misterios de la fe»*. En esta expresión del documento de la Congregación se percibe la necesaria atención y escucha que el teólogo está llamado a tener en relación a la cultura en la que habita para que su discurso teológico sea *relevante*, o sea, para que esté a la altura de la capacidad de comprensión del hombre de su tiempo. No es una traición, sino lo contrario: es un acto de fidelidad a la vocación a la que ha sido llamado en la Iglesia y en fidelidad a la misión de la Iglesia. Esta fidelidad a la misión propia no librarán al teólogo de una tarea que es ciertamente *«ardua y comporta riesgos»*, pero en sí misma *«es legítima y debe ser impulsada»*²³.

¿Dónde está el riesgo? Está en la necesidad de discernimiento. Afirma el documento que *«es importante subrayar que la utilización por parte de la teología de elementos e instrumentos conceptuales provenientes de la filosofía o de otras disciplinas exige un discernimiento que tiene su principio normativo último en la doctrina revelada»*²⁴. Se trata, sin duda, como en todo discernimiento cristiano, en una experiencia eclesial, en un discernimiento comunitario. El teólogo es miembro del Pueblo de Dios, al que sirve y, como tal, le debe respeto y ha de comprometerse a darle *«una enseñanza que no lesione en lo más mínimo la doctrina de la fe»*²⁵. No se puede olvidar que la libertad propia de la investigación teológica se ejerce dentro de la fe de la Iglesia.

La libertad de investigación, en teología, se inscribe dentro de un saber racional cuyo objeto ha sido dado por la revelación, transmitida e interpretada en la Iglesia bajo la autoridad del Magisterio y acogida por la fe. Si no es así, se dejaría de hacer teología. Porque si vocación es el quehacer del teólogo, vocación es también la labor del Magisterio²⁶.

²² Cfr. *Ibidem*, n. 10.

²³ Cfr. *Ibidem*.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ *Ibidem*, n. 11.

²⁶ Cfr. *Ibidem*, n. 12.

Desde la naturaleza de la vocación teológica en la Iglesia

Ya hemos señalado la importancia y dimensión pastoral que el Papa Francisco atribuye en *Evangelii Gaudium* a la tarea del teólogo. «*La Iglesia, empeñada en la evangelización, aprecia y alienta el carisma de los teólogos y su esfuerzo por la investigación teológica, que promueve el diálogo con el mundo de las culturas y de las ciencias. Convoco a los teólogos a cumplir este servicio como parte de la misión salvífica de la Iglesia. Pero es necesario que, para tal propósito, lleven en el corazón la finalidad evangelizadora de la Iglesia y también de la teología, y no se contenten con una teología de escritorio*»²⁷. Una vocación y un carisma. Un don de la gracia de Dios para el beneficio de la misión de la Iglesia. Un servicio eclesial necesario. Si esto es así, el camino del descubrimiento de esta vocación ha de exigir los mismos criterios del discernimiento vocacional en la Iglesia²⁸. Si la ascunción de la vida eclesial como respuesta a la llamada de Dios es ya precaria en la conciencia de la comunidad cristiana, esta pretensión de despertar en la Iglesia la seriedad del descubrimiento del quehacer teológico como realidad vocacional es, también, complicada.

Ya sabemos que la vocación básica y fundamental de todos los bautizados es a la Santidad²⁹. Llevar a plenitud la condición de discípulo misionero en co-

²⁷ EG, n. 133.

²⁸ Cfr. BERRA, FRANCISCO, *Venid y Veréis. Vocación: don, descubrimiento, compromiso*. Atenas, Madrid 1984, 218 pp.; PIGNA, ARNALDO, *La Vocación. Teología y Discernimiento*, Atenas, Madrid 1988, 250 pp.

²⁹ Los números 30 y 31 de la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* nos ofrecen las perspectivas fundamentales al respecto: “30. *En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad. (...) Terminado el Jubileo, empieza de nuevo el camino ordinario, pero hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral. Conviene además descubrir en todo su valor programático el capítulo V de la Constitución dogmática Lumen gentium sobre la Iglesia, dedicado a la «vocación universal a la santidad». (...) Pero el don se plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: «Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Ts 4,3). Es un compromiso que no afecta solo a algunos cristianos: «Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor». 31. Recordar esta verdad elemental, poniéndola como fundamento de la programación pastoral que nos atañe al inicio del nuevo milenio, podría parecer, en un primer momento, algo poco práctico. ¿Acaso se puede «programar» la santidad? ¿Qué puede significar esta palabra en la lógica de un plan pastoral? En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida*

muni6n con Dios, entre nosotros y con la humanidad, especialmente en su experiencia doliente. Pero el carisma no se da en sentido qu6micamente puro. Las cualidades personales y la experiencia biogr6fica del fiel cristiano que dedica su vida al quehacer teol6gico deben ser tenidas como medio a trav6s del cual se experimenta la llamada de Dios. Dios llama al presb6tero, al di6cono, al catequista, al profesor de Religi6n no s6lo a trav6s de una sensibilidad espec6fica y directa por la inteligencia de la fe, sino desde dentro de su propia experiencia vocacional. M6s que un aspecto personal, la vocaci6n teol6gica es un espacio eclesial asumido como carisma desde la experiencia general del bautismo y desde la experiencia peculiar de otras llamadas intra-eclesiales para la edificaci6n de la comunidad y la misi6n evangelizadora en el mundo.

El Concilio Vaticano II dibuj6 el trasfondo de lo que venimos diciendo en estas p6ginas en relaci6n a la misi6n del te6logo. En *Gaudium et Spes*, 62 se afirma expl6citamente el hecho teol6gico en estos t6rminos: «*Puesto que los m6s recientes estudios y los nuevos hallazgos de las ciencias, de la historia y de la filosof6a suscitan problemas nuevos que traen consigo consecuencias pr6cticas e incluso reclaman nuevas investigaciones teol6gicas. Por otra parte, los te6logos, guardando los m6todos y las exigencias propias de la ciencia sagrada, est6n invitados a buscar siempre un modo m6s apropiado de comunicar la doctrina a los hombres de su 6poca; porque una cosa es el dep6sito mismo de la fe, o sea, sus verdades, y otra cosa es el modo de formularlas conservando el mismo sentido y el mismo significado. Hay que reconocer y emplear suficientemente en el trabajo pastoral no s6lo los principios teol6gicos, sino tambi6n los descubrimientos de las ciencias profanas, sobre todo en psicolog6a y en sociolog6a, llevando as6 a los fieles y una m6s pura y madura vida de fe*»³⁰. Los problemas nuevos exigen nuevas investigaciones. La b6squeda de modos m6s adecuados de comunicar la doctrina a los hombres de cada 6poca reclama la importancia de la misi6n del te6logo. Una llamada –vocaci6n– de profunda dimensi6n eclesial. Las f6rmulas pueden cambiar si conservan el sentido y el significado del inmutable *dep6sito de la fe*. Este esfuerzo es un verdadero «*trabajo pastoral*».

*seg6n una 6tica minimalista y una religiosidad superficial. (...) Pero tambi6n es evidente que los caminos de la santidad son personales y exigen una pedagog6a de la santidad verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Esta pedagog6a debe enriquecer la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo, y con las formas m6s recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia.» Juan Pablo II, *Novo millennio Ineunte*, nn 30-31.*

³⁰ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 62; in: AAS 58 (1966) 1199.

Esta comprensión de la vocación del teólogo como carisma en la vida de la Iglesia merece un tratamiento específico, pero consideramos que sería válido, en este momento, reconocer que ha de comprenderse a luz de del misterio de Cristo. Los carismas vocacionales son *ministerios*, y manifiestan las más variadas formas de servicio que el Hijo vivió hasta dar la vida. Él, en efecto, «*no ha venido para ser servido, sino a servir y dar su vida...*»³¹. Jesús, por tanto, es el modelo de todo ministerio. Y el teólogo debe mirarse en Cristo de quien es discípulo y, como discípulo, ministro y apóstol. A la luz del Padre, los carismas son *operaciones*, porque por Él, origen de la vida, todo ser libera el propio dinamismo creador. La Iglesia refleja, como si de una imagen se tratara, el misterio de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo. Cada vocación lleva en sí los rasgos característicos de las tres Personas de la comunión trinitaria. Las Personas Divinas son origen y modelo de toda llamada. La Trinidad es en sí misma un misterioso *entrecruce* de llamadas y respuestas. En el interior de aquel diálogo ininterrumpido, todo viviente encuentra no sólo sus raíces, sino también su destino y su futuro, es decir, lo que está llamado a ser y a llegar a ser, en la verdad y en la libertad, en la realidad de su historia. Redescubrir este espacio trinitario en la misión de la Teología y en la experiencia personal del trabajo del teólogo es fundamental.

El momento presente, la cultura actual, el tiempo concreto en el que le toca vivir al teólogo, los paradigmas de comprensión y los criterios subjetivos de comprensión de los mensajes, deben ser atentamente reconocidos en cuanto que la Teología es un *Carisma*. Los carismas, en el estatuto eclesiológico de la Primera Carta a los Corintios, tienen una finalidad histórica y concreta: «*A cada uno se le otorga la manifestación para la común utilidad*»³². Hay un bien superior que normalmente sobrepasa el carisma personal: construir en la unidad el Cuerpo de Cristo, hacer perceptible en su verdad su presencia en la historia, teniendo clara su dimensión misionera: «*para que el mundo crea*»³³. La comunidad eclesial está sostenida por el misterio de Dios, del que es imagen visible, y está totalmente comprometida con la historia del hombre, en situación de éxodo, hacia «*los cielos nuevos*». La Iglesia, y en ella cada vocación, también la del teólogo, manifiestan un idéntico dinamismo: ser llamadas para una misión.

³¹ Mt 20, 28.

³² 1 Cor 12, 7.

³³ Jn 17, 21.

«Podemos, en fin, añadir que la Iglesia manifiesta su maternidad cuando, además de llamar y reconocer la idoneidad de los llamados, provee para que éstos reciban una formación adecuada, inicial y permanente, y para que sean efectivamente acompañados a lo largo de una respuesta siempre más fiel y radical. La maternidad eclesial no puede agotarse, ciertamente, en el tiempo de la llamada inicial. Ni puede decirse madre aquella comunidad de creyentes que simplemente "espera", dejando totalmente a la acción divina la responsabilidad de la llamada, casi temerosa de dirigir llamadas: o que da por descontado que los adolescentes y jóvenes, en particular, sepan recibir inmediatamente la llamada vocacional; o que no ofrece caminos trazados para la propuesta y la acogida de la propuesta»³⁴.

Del texto anterior deriva un serio compromiso en relación a la promoción de la vocación teológica sostenida, reconocida y provista, por la Iglesia en sus pastores. Nada sería tan descorazonador que la sospecha de inutilidad de la misión del teólogo, que estaría más cercana al reconocimiento de inutilidad que hace la cultura actual en relación a quienes se atreven a pronunciar una palabra tan irrelevante como irrelevante es considerado su contenido: Dios. Quienes organizan la vida como si Dios no existiera no reconocen carta de ciudadanía en en la plaza pública de la cultura al discurso teológico. Es una tarea prescindible. ¿La comunidad cristiana padece, contagiada por y estar en el mundo, esta enfermedad de la mirada? ¿No sentimos la necesidad de traductores al lenguaje actual de creyentes que asuman, como carisma del Espíritu, esta misión pastoral del todo insustituible? La consideración de la naturaleza de la Teología como «(...) un cuestionamiento hasta el límite sobre Dios, el hombre y el mundo»³⁵ le es necesaria a la cultura actual. Un atrevimiento necesario. Pensar las cuestiones fundamentales que interpelan al hombre desde la «transgresión» de lo comúnmente aceptable o políticamente correcto es una urgencia. Hay que ofrecer, con humildad, pero sin vergüenza, la «turbulencia semántica» que supone la idea de Dios.

La Teología es un servicio pastoral desde el *exceso*. Desde un *plus* que necesita la embriaguez de inmanencia que rodea el pensamiento cultural que nos envuelve y, no pocas veces, nos domina. Es un carisma eclesial, sí; pero es aún más, un servicio social a la grandeza de la condición humana. «(...) la reflexión secular puede pensar el mundo sin la idea de Dios; tampoco necesita de Dios para

³⁴ OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES ECLESIASTICAS, *Desde la Trinidad a la Iglesia en el mundo*, en <http://es.catholic.net/op/articulos/48914/cat/635/desde-la-trinidad-a-la-iglesia-en-el-mundo.html>. [On line, 25 de julio de 2017].

³⁵ Cfr. RODRÍGUEZ, PAULO, *Presentación*, en GESCHÉ, ADOLPHE, o.c., p. 9.

ofrecer una explicación inmediata de la realidad. Sin embargo, cuando el teólogo introduce el *Argumentum Dei* en el conjunto de los argumentos humanos, aporta una inteligibilidad sorprendentemente original y enriquecedora, que abre posibilidades ilimitadas al pensar humano y lo lleva más allá del horizonte de la pura inmanencia (...) el exceso que incorpora la idea de Dios en el pensar, ayuda a que el ser humano pueda descifrarse desde una Alteridad a la que él mismo remite desde su origen»³⁶. Es una vocación –llamada– personal, pero es una llamada también a la cultura. Una invitación a la literatura, al arte, a la filosofía y a las ciencias humanas para pensar «en exceso» las realidades «inexactas» de Dios y del hombre. Porque, la Teología posee una de las claves interpretativas que nuestro tiempo desea, «oscuramente», pero desea³⁷.

2. La actitud sumativa e interdisciplinar en la Teología: una metodología

Esta convocatoria a todos los saberes humanos a llevar la razón hasta su exceso, nos puede ayudar a entender el valor de la interdisciplinariedad. Y a reconocer en la Teología su servicio al exceso de cualquier saber humano. No se trata de volver a situar el quehacer teológico como reina de los saberes, en su sentido medieval, sino como servidora de la inteligencia humana. La Teología como *diaconía* de la verdad para la humanidad.

El reto de la interdisciplinariedad

Aunque se ha tratado de un término talismán en la metodología de los saberes humanos que ha alcanzado una clave de distinción en cualquier ámbito intelectual, el concepto interdisciplinariedad conlleva algunas dificultades significativas. Ocurre como con el exceso de uso en el concepto *científico* que hace que cualquier disciplina alcance una estatura que, en el fondo y en verdad, no le corresponde. Imaginemos cómo se transforma, de repente, saberes como la economía, la sociología, la psicología, la antropología, si le adjudicamos el complemento inmediato de *científica*. Es una expresión talismán que otorga una carta de inmutabilidad a cualquier saber aproximativo y mutable, por lo compleja que resulta el objeto de su saber, que hace que se disponga de manera absoluta en la atalaya de su propia identidad. Algo similar puede ocurrirnos con el término *interdisciplinariedad*.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ Cfr. GESCHÉ, ADOLPHE, *o.c.*, p. 13.

Desde la imagen de la *Torre de Babel* el Profesor de Filosofía de la Universidad de Sevilla, D. Juan Arana³⁸, ofrece algunos cuestionamientos serios a la posibilidad de interdisciplinariedad entre los saberes humanos y nos ofrece algunas claves de posibilidad de la misma que considero interesantes para la labor propia de la Teología y servicio al pensamiento de la fe y a la misión de la Iglesia en el mundo. Es cierto que Arana no realiza el planteamiento desde la perspectiva de la Teología, pero puede servirnos para ubicar adecuadamente a la Teología en el magma encendido de las ciencias y saberes del tiempo presente. Para él, se ha producido el desmembramiento del saber en disciplinas que se hacen mutuamente irreconciliables como ocurrió con las lenguas entre los constructores de las alturas en Babel. Se intentó llegar hasta el cielo no con ladrillos, sino con conocimiento. Y lo alcanzado es, si no la confusión, sí el citado desmembramiento que incapacita para la colaboración. En un ámbito de especializaciones entre los saberes, ¿qué lugar ocuparía la Teología? O, por su parte, ¿ella adquirirá también una dinámica de especialización que hará de ella un saber ininteligible para el resto de seres que no se dediquen a estos menesteres? ¿Estará tentada, pues, de especialización hasta el límite de haber sufrido la quiebra de todos los puentes que le vinculan al resto de saberes, de los que se sentirá sujeto aislado que sólo necesita para su labor la posesión de las fuentes de la Revelación? Si la interdisciplinariedad es imposible, ¿qué misión pastoral le queda a la Teología digna de ser tenida en cuenta y servidora de una propuesta verdaderamente *relevante*?

Desde una aproximación teórica, a todos nos parece bien la interconexión entre las disciplinas. No creo que haya un intelectual o especialista en saber alguno que no lamente la esquizofrenia de nuestra cultura, la barbarie del especialismo. Pero, siguiendo al Prof. Arana, ¿verdaderamente nos interesan los planteamientos interdisciplinares? ¿Estamos dispuestos a trabajar seriamente en favor de la comunicación entre las ciencias y las humanidades? ¿Damos a este objetivo la prioridad indispensable para que su consecución sea viable? Él mismo propone un decálogo de actitudes intelectuales necesarias para que el diálogo complementario y mutuamente enriquecedor entre saberes humanos se dé y puedan dar ocasión a la anhelada interdisciplinariedad. En este decálogo debe entrar la Teología y, muy especialmente, debe entrar el compromiso explícito del teólogo que desea servir a la misión de la Iglesia desde su propio y peculiar *carisma*. Estos serían los puntos o aspectos de necesario cumplimiento:

³⁸ Cfr. ARANA, JUAN, *¿Es posible la interdisciplinariedad?*, en *El Caos del Conocimiento. Del árbol de las ciencias a la maraña del saber*, Eunsa, Pamplona 2004, 13-22.

1. Se ha de eliminar cuanto signifique jerga especializada y cualquier uso semántico restrictivo. Es necesaria la elaboración de léxicos que traduzcan en término del lenguaje común la terminología más relevante de cada ciencia, accesibles a la mayoría del público culto. No son escasas las ocasiones en las que los mismos fieles cristianos sufren la dificultad de comprender el lenguaje teológico. ¿Qué le podemos pedir a los protagonistas de otros saberes especializados? Es necesario, por tanto, un lenguaje común que haga comprensible las verdades fundamentales.
2. La eliminación de algoritmos, formulaciones, cálculos, etc., y sustituirlos por esquemas teóricos basados en la lógica natural. Es cierto que hay formulaciones que ahorran recorrido intelectual a los expertos, pero que no resultan comprensibles a la generalidad. Pongamos por ejemplo el concepto teológico de *trinidad económica*: ¿no resulta más comprensible decir, aunque sea alargar la formulación, la *forma como se ha reconocido el misterio de la Trinidad en Dios a lo largo de la historia de la salvación*? De alguna manera, se trataría de expresarnos siempre dirigiendo el discurso al público general no especializado.
3. Elaborar *estados de la cuestión* donde se muestren cuáles son los grandes problemas abordados, los aspectos en los que se ha alcanzado consenso, las conclusiones consideradas firmes, los frentes en los que existen dificultades y estancamientos, los enigmas más complejos, las dificultades que se oponen a una resolución y las hipótesis más prometedoras. Este ejercicio de humildad del saber particular es necesario si queremos sentirnos realmente enriquecidos por las posibles aportaciones de los otros saberes. Acaso, desde la perspectiva teológica, ¿nos supondría una humillación excesiva afirmar en el concierto de los saberes que hay aspectos abiertos, temas de los que no tenemos certezas absolutas, etc.?
4. Redactar *desiderata* en la que se enumeren las contribuciones relevantes que, a juicio de los investigadores de ese saber, podrían ser aportadas a la ciencia en cuestión desde otras materias y perspectivas epistémicas. No se trata de acudir a la otra ciencia a buscar las respuestas que nosotros deseamos obtener, sino invitar a otros saberes a ofrecernos herramientas complementarias que enriquezca, aclaren, completen, etc., el saber propio. Es la actitud de quien acoge en casa al vecino sin disfraz, sino con una genuina y verdadera actitud de acogida. Debemos sentirnos enriquecidos con la presencia y el discurso que, en casa, nos dirige el vecino que pone sus pies sobre nuestra alfombra.

5. Es importante estudiar por qué son insuficientes, simplistas o desenfocadas –en caso de que lo fueran– las sugerencias que se formulan desde fuera cada disciplina para contribuir a su desarrollo, en términos y desde el punto de vista de los proponentes, y no desde los términos y los puntos de vista de los receptores. Se trata de una *empatía* conceptual necesaria que evite, desde luego, el intrusismo de los ignorantes. Ponerlos en el lugar del otro y desde ese lugar objetar si hubiera que objetar. Ese esfuerzo ya es enriquecedor para la mutua relación de los saberes.
6. Articular siempre de manera global los esbozos del saber superando el particularismo de limitar la discusión interdisciplinaria a los intereses de las disciplinas de las que se parte. Este esfuerzo es incómodo porque nos hace estar siempre pendiente de un *más allá* de lo cómodamente cuestionable y académicamente dominado. Tal vez ayude a comprender que la realidad es una, asumida desde perspectivas diferentes, pero que responde a una realidad poliédrica que necesita la aproximación global de todos los interesados en el conocimiento de la realidad. Santo Tomás ya nos ofreció, en la edad media, aquella invitación a superar la estrecha vía de la *doble verdad*. Si el autor de la realidad es uno, la realidad es la misma, la verdad será poliédrica, pero no será incompatible.
7. Intentar formular sugerencias aplicables a otras disciplinas que asuman en la medida de lo posible las coordenadas mentales de las mismas, renunciando a colocarse en una óptica particularista. La Teología no puede hacer sugerencias teológicas a la Física. Deberá hacer el esfuerzo por sugerir cuestiones físicas que sean físicamente validables desde el propio saber teológico. Lo mismo a la inversa. ¿Cuántas veces nos quejamos de que los cuestionamientos a la Teología vienen envueltos en un serio desconocimiento teológico? La empatía de respuesta y de sugerencia exige visitar, siempre con humildad, el saber hermano, usando sus herramientas y sus discursos, para enriquecer nuestro peculiar saber.
8. Depurar los datos, experimentos, resultados, teorías, interpretaciones, etc., que no resulten indispensables para discutir con profundidad, pero sólo al nivel de principios, los problemas teóricos de cada especialidad. Evitar siempre que se pueda que los árboles impidan contemplar el bosque. Siempre la especialidad será un ámbito de especialidad necesario y no debe dejarse de profundizar en él, pero no querer que la interdisciplinaria se dé en las peculiaridades de las hojas, aspecto

exclusivo de la botánica, sino en el marco de los principios generales en los que el derecho, la economía, las artes, la teología, etc., pueden encontrarse juntas contemplando el bosque.

9. Centrar las discusiones en el plano ontológico y no en el lingüístico, metodológico o epistemológico. Es la vuelta a la realidad en sí, a la que cada ciencia o saber aborda, en cuanto realidad abordable, por otros saberes para cada uno de los cuales es posible generar afirmaciones significativas para la totalidad de participantes. Las discusiones terminológicas son tan largas como infructuosas. La persona humana es sujeto de derecho, para el Derecho; un ser vivo para la Biología y la Medicina; consciente y libre para la Psicología; e Hijo de Dios para la Teología. Tener presente la realidad misma de la persona humana, ontológicamente abordable, aunque cada saber asuma una peculiar perspectiva que es propia y comunicable.
10. Aceptar que el solapamiento teórico y la confluencia de varias ciencias en un mismo asunto es un hecho positivo y no una molestia. Lo peor ocurre cuando se *puntea* las aportaciones ajenas. En ese aspecto aparecen las perspectivas como vecinas bienvenidas, no como cotillas que vienen a robarnos la paz del hogar y a vaciarnos la nevera. En la búsqueda de la verdad, la rivalidad es siempre más fruto de la soberbia que escudo protector de heridas ficticias. La Teología debe saber que Dios no es patrimonio exclusivo suyo, mucho menos el hombre y el mundo, que son, como hemos dicho más arriba, objetos privilegiados de su discurso.

Si queremos que la Teología esté en el campo de juego común de la búsqueda de la verdad, de manera relevante, no puede olvidar que, en el marco metodológico de la traducción permanente de la fe al lenguaje de los hombres, este esfuerzo interdisciplinar le conviene por necesario para su servicio pastoral al bien salvífico de todos los seres humanos. No cabe duda que esta realidad reconoce que está por llegar para la Teología, si no una época buena, sí una época grande³⁹.

Siguiendo a nuestro teólogo⁴⁰ podemos concluir este apartado indicando que la Teología no puede ser ciega –ni negar ni eludir– *al olvido* de Dios que se da en nuestra cultura. Ya no una negación o un rechazo, sino un olvido, una bo-

³⁹ Cfr. GESCHÉ, ADOLPHE, *o.c.*, p. 13.

⁴⁰ Cfr. *Ibidem*, pp. 14-27, en el apartado titulado *Elogio de la Teología*.

rradura. Como si Dios hubiera desaparecido de la memoria del hombre y no se supiese muy bien ni cómo ni por qué. La Teología está llamada a hacer surgir lo que está oculto bajo el olvido, lo que se oculta en los recuerdos. Porque en la actualidad hay un profundo deseo de salir de dudas; hay un *rumor* de Dios que pide que las palabras de la fe vuelvan a ser inteligibles. Esta es la tarea de la teología en este amanecer del siglo XXI. Lo duro y grande será que la Teología deberá hacer esperar a Dios para que se establezcan primero aquellos conceptos que permitan su llegada. Lucio González Gorrín⁴¹ lo formulaba como aspectos que hagan *plausible* la proclamación de la buena noticia de la fe; aspectos pre-evangelizadores necesarios como caminos previos al encuentro.

Si la Teología pretende ser una ciencia humana, ha de tener un puesto propio entre los discursos humanos a la hora de descifrar qué es el hombre. Este lugar de la Teología entre otros saberes, es un lugar de *turbulencias semánticas*; es decir, de esa perturbación de los significados que introduce la Teología en el saber humano. Un *desasosiego* que viene a sembrar un poco de *pánico* al recordar los derechos de lo *improbable*, de lo cerrado, del *exceso*, del misterio de algo no dicho, del *plural* de las significaciones que impiden las significaciones únicas, del plural de las significaciones inacabadas que impiden las significaciones saturadas. Esta turbulencia que la Teología introduce en el concierto de los saberes supone que la propia Teología sea sensible a la *indecisión semántica* que debe tener ella misma. Su objeto la obliga a ello más que a los demás saberes, como atestigua la tradición de la Teología *negativa*. Decir *Dios* sólo se puede desde la humildad.

En este sentido, la Teología, como ya se indicó más arriba, asume riesgos. Pero la posibilidad de ser crítica exige que lo sea no por curiosidad *sacrilega*, sino por curiosidad amorosa. Ser audaz y crítico por amor, con amor. Sólo es permisible ser *hereje* –si se nos permite el exceso metafórico– si esto responde más a una *pasión por la ortodoxia*, que pasión eclesial por la verdad. Se trata de entender que la realidad exige una mirada paradójica. Que Dios es una oportunidad para el hombre. Que *Dios* es una prueba del hombre. Yo soy, existo, tengo sentido, vivo, deseo la felicidad, y de todo ello Dios es mi prueba. No miro al hombre y a mundo sólo para probar la existencia de Dios; al contrario: puedo mirar a Dios para probar la existencia del hombre. Esta intuición cristiana dice la verdad. No se trata de una ilusión; se trata de una verdadera *alusión*. Nos ha sido revelado.

⁴¹ Cfr. GONZÁLEZ GORRÍN, LUCIO, *La evangelización de la cultura y de las culturas*, en *Iglesia en Europa desde la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II*, en *Corintios XIII*, 111 (2004) 147-188.

La dimensión sumativa de la Teología

Mi labor docente en el Instituto de Teología combina la *Introducción a la Teología* a los alumnos de Segundo, con la *Historia de la Teología* a los alumnos de Quinto. La historia viene tras haber recorrido cada una de las disciplinas teológicas en sus tratados fundamentales⁴². Viene a ser como una ocasión de elaboración de una síntesis de la metodología teológica contemplando las formas concretas que ha asumido a lo largo de los años en la vida de la Iglesia. Pero con la historia de la Teología nos sacude una dificultad. ¿Qué es la historia de Teología? Lo expondremos con más detalle en el apartado siguiente. Ahora sólo pretendo exponer una problemática inherente al concepto historia de la Teología que nos ayude a entender la importancia de comprender de manera *sumativa* el esfuerzo de otros antes de nosotros que pensar a Dios y comunicar la fe.

Esta reflexión que pretendo presentar nace de una certeza personal en relación a la metodología de la historia cuando ésta aborda aspectos que tienen que ver con pensadores, bien del ámbito de las ciencias naturales –aunque en este ámbito es menos necesario–, bien del ámbito de las ciencias sociales. Por ejemplo: no tenemos tanta dificultad para entender la historia de la ciencia como el itinerario en el tiempo en el que el saber sobre la naturaleza y su dominio técnico ha ido haciendo progresar el conocimiento que los seres humanos tenemos hasta el momento presente. Más que historia de los científicos, se da, normalmente, una historia de la ciencia⁴³.

No ocurre siempre igual con la filosofía. La mayoría de las veces se trata de una historia de filósofos, recogiendo algo de su biografía y aquellos aspectos de su pensamiento que son propios y le diferencia del resto de los filósofos. Soy consciente de la dificultad metodológica que ofrece el elaborar una verdadera historia de la filosofía, porque no siempre ni todos estaríamos de acuerdo en una descripción adecuada de la disciplina que subyace tras el término *filosofía*. Pero este reto es el que hace que los filósofos *sumen* y no sólo yuxtapongan su pen-

⁴² Cfr. FORTE, BRUNO, *Trinidad como historia: ensayo sobre el Dios cristiano*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1988, 220 pp. Este teólogo ha sido reconocido como uno de los que ha incorporado la historia como dimensión de la Teología. La Teología desde la historia, o dimensión histórica del quehacer teológico.

⁴³ Cfr. FARA, PATRICIA, *Breve historia de la ciencia*, Ariel, Madrid 2009, 593 pp.; Cfr. también, MARCO STIEFEL, BERTA, *Historia de la ciencia: Sorpresa y creatividad en los descubrimientos*, Narcea, Madrid 2001, 62 pp.; Cfr. SOMOLINOS D'ARDOIS, GERMÁN, *Historia de la Ciencia y la Tecnología*, Biblioteca Miguel Cosío Villegas, México 1991, 292 pp.

samiento al hilo del devenir histórico. Los alumnos que se presentan a la prueba de acceso a la Universidad, en el examen de Historia de la Filosofía, eligen un autor entre dos que les proponen. En el fondo no es la filosofía el objeto del estudio de esa historia, sino los filósofos y su peculiar pensamiento. Considero importante que, como ocurre en el campo de las ciencias naturales, con mayor facilidad ocurra también en el ámbito de las ciencias sociales.

Si este planteamiento lo trasladamos al quehacer teológico, la historia de la Teología puede abordar varios planteamientos. Uno estaría más vinculado a la Historia de la Iglesia, promoviendo una comprensión de la evolución de los acontecimientos al hilo de la historia del pensamiento⁴⁴. Otros parcelarían las etapas descubriendo características propias de cada época y señalando aquellos protagonistas del quehacer teológico⁴⁵. Todos estos planteamientos son respetables y aportan riqueza y conocimientos a la Teología. Lo que es importante es descubrir que la creatividad intelectual de los creyentes que aportaron algo a la reflexión de la fe ha ido sumando de tal manera que cada pequeño grano de arena intelectual ha ido construyendo esta montaña desde la que el creyente de hoy puede contemplar el horizonte de la trascendencia que se nos ha revelado.

En definitiva, la Teología debe presentarse como el resultado del esfuerzo compartido en el tiempo y enriquecido con la creatividad de muchísimos creyentes. Las teologías positiva y especulativa, con sus disciplinas que las integran, cualquiera que sea la perspectiva desde la que se expone la verdad de Dios y se comunica al hombre que se le anuncia la Palabra y responde con su fe, expresa la esencia de la verdad. No se trata de dos disciplinas teológicas opuestas o yuxtapuestas, sino de dos funciones de una única ciencia teológica vinculadas entre sí, de una manera orgánica y dentro de una colaboración mutua e incesante. El proceso teológico supone un doble movimiento, una doble operación igualmente necesaria: el *escuchar* la fe y *comprender* la fe; la función positiva de la Teología toma a su cargo el "*escuchar* la fe" a nivel científico, mientras que la función especulativa es la reflexión del espíritu sobre el dato revelado y la investigación del espíritu sobre ese dato, para *comprender* la fe. La creatividad no será nunca estirar una manga del vestido o recortarla, llevando un aspecto peculiar hasta límites tales que afeen la elegancia total del vestido de la fe.

⁴⁴ En este aspecto destaca la aportación de HERTLING LUDWIG, *Historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1989, 548 pp.

⁴⁵ Cfr. En este caso, a JOSÉ LUIS ILLANES MAESTRE, JOSEP-IGNASI SARANYANA, *Historia de la Teología*, BAC, Madrid 2002, 430 pp.

En los apartados siguientes vamos a recoger la triple división que hace Adolphe Gesché de la reciente historia de la Teología, así como las llamadas que él reconoce como necesarias en el presente y futuro inmediato del trabajo del teólogo, con la doble finalidad de otorgarle la debida *relevancia* a la Teología, así como cumplir la necesaria traducción en *conceptos renovados* que nos piden los últimos Papa como servicio pastoral a la fe y a la misión propia de la Iglesia.

3. Lo que nos enseña la historia de la Teología: una memoria

La fe cristiana ha incorporado de la tradición hebrea la idea de *Memorial*⁴⁶. No se trata de una mirada al pasado meramente contemplativa o exclusivamente movida por la curiosidad, sino de una mirada protagonista. Quien mira se hace contemporáneo de los acontecimientos. No se trata de una historia-recuerdo, sino de una historia-salvación. La historia de la Teología es una experiencia de *memorial*. En cada generación, y en el marco cultural que le caracterizó, se hizo presente en la Iglesia y en sus creyentes, la experiencia de alegría por la salvación acontecida en Jesús.

Ya indicamos que hay tantas maneras de parcializar la cronología teológica como teólogos o historiadores que lo intenten. De alguna manera las etapas de la historia se elaboran desde coordenadas mentales de quien aborda el reto de hacer memoria. Lo que considero fundamental tener en cuenta es su carácter *sumativo*, del que ya hemos dicho algunas palabras. Cada etapa se distingue para entenderla en sí misma, pero no se separa. Podemos realizar un tratado sobre los *pámpanos* de la viña, pero no es posible que existan pámpanos sin sarmientos, sin hojas, sin raíces y, sobre todo, sin el cuidado atento del viñador. Distinguir una etapa no puede hacernos olvidar que la historia nunca puede entenderse como *peces* en pecera⁴⁷. El mar en su totalidad afecta a la vida e historia biológica de cada pez, porque somos deudores de las distintas corrientes marinas que se dan y que configuran cualquier microsistema que posibilita la vida.

De las muchas formas y etapas que pudiera sectorizarse la historia de la Teología, reconociendo la posible validez teórica de todas, optamos por la que

⁴⁶ Cfr. GERARDI, R., *Voz: Memorial*, en *Diccionario Teológico Enciclopédico*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1995, 617-619.

⁴⁷ Cfr. ÁLVAREZ GÓMEZ, JESÚS, *Manual de Historia de la Iglesia*, Ed. Claretianas, Madrid 1987, 3-4. «La Historia, como la vida, no conoce pausas ni cesuras, ni saltos en el vacío. Sin embargo, también

nos ofrece nuestra autor⁴⁸, el Prof. Adolphe Gesché, con el que hemos realizado este andamiaje de pretensión de recuperar la debida relevancia al quehacer teológico. Con su intuición creativa, él distingue tres etapas en el pasado y una que se abre en el presente.

El fundamento de la distinción de las etapas está en que la Teología tiene su manera propia de estar al servicio de la fe, de estar a la escucha, en cada instante y en cada momento de la historia humana. A la escucha de los retos y de los interrogantes de la historia humana. De hecho, una Teología que no escuchara, que no acompañara, que no se esforzara en comprender –también en discernir– los movimientos de la historia humana, no podría prestar el servicio que se espera de ella y, por lo tanto, su condición histórica no sería diferente de la irrelevancia.

3.1. La edad clásica de la Teología

Se trata de la Teología que generalmente se daba antes de la II Guerra mundial. Podemos calificarla de clásica o tradicional, o especulativa, o fundamentalmente escolástica...⁴⁹. En esta etapa la característica fundamental de la Teología como:

- a) Un saber para *conocer*: una especulación de la realidad, del mundo, del hombre y de Dios, remitiéndolo a la reflexión racional. Pudiéramos decir que se trata de una Teología metafísica, lógica, conceptual, que pudiéramos considerar esencialista. Conocer la realidad de Dios, del mundo y del hombre tiene el protagonismo de su contenido⁵⁰.
- b) La *verdad* como problema. Existe la autoconsciencia de que cuando se conoce la verdad, ya está hecho todo. En este período existe una especial sensibilidad por las verdades de fe, por las verdades que se han de creer⁵¹.

en la Historia existen épocas y periodos con características muy acentuadas que los diferencia de otras épocas y de otros periodos. A pesar de la continuidad y de la unidad de la tradición eclesial, se puede hablar, sin duda, de épocas diferentes en la Historia de la Iglesia» (Ibidem, p. 3).

⁴⁸ Cfr. GESCHÉ, ADOLPHE, *o.c.*, p. 29-70.

⁴⁹ Nos puede ayudar a distinguir tanto ésta como el resto de etapas, la extraordinaria obra de GONZÁLEZ DE CARDEDAL, OLEGARIO, *La teología en España (1959-2009). Memoria y Prospectiva*, Encuentro, Madrid 2010, 597 pp.

⁵⁰ Un ejemplo pudiera ser la obra de NICOLAU, MIGUEL, *Iniciación a la Teología*, Herder, Toledo 1984, 209 pp.

⁵¹ Cfr. HÜNERMANN, PETER, *Fe, tradición y teología como acontecer de habla y verdad: dogmática fundamental*, Herder, Madrid 2006, 398 pp.

- c) La filosofía del *ser*, estando principal y fundamentalmente preocupada de la existencia de Dios en relación al discurso sobre Dios: la propuesta de su existencia⁵². Esta teología se basaba en la filosofía de la *representación*.
- d) El uso de la *historia* y de la *filología* en el quehacer teológico⁵³. En cada etapa la Teología se ha ayudado de las ciencias auxiliares, dando especial relieve a algunas de ellas. La preocupación por la autenticidad de los textos de las fuentes. Se trata de una tendencia *positiva* de la teología. La filología contribuyó a la vuelta a los orígenes y a la valoración de las fuentes.
- f) La centralidad del *logos* en el estudio teológico. La razón es la que garantiza la cientificidad de un discurso, ya que es la facultad propia del hombre.
- g) La persona como *ser racional*. Apelación a la definición aristotélica de *zoon logikón*, animal racional⁵⁴. El ideal antropológico es el pensamiento y el discurso, características del hombre verdadero, del ciudadano.
- h) La primacía del *pasado* en la reflexión teológica. Es un periodo sensible a la Tradición, a la continuidad en relación al pasado considerado como depósito máximo de la autenticidad y garantía de una teología que mantiene íntegra la fe. La teología desarrolla su tarea como conocimiento de las causas. Y, desde esta perspectiva, Dios es la causa de la realidad toda.
- i) Una teología de *encarnación*. Es un matiz de esta época, que dirige su preocupación especial a la persona de Jesús, a la cristología en sentido estricto⁵⁵. Una etapa preocupada por el ser, que percibe la salvación como realizada en el misterio de la Encarnación del Verbo, y que se traduce en la verdad teológica del *ex opere operato*⁵⁶.

⁵² Cfr. SEIFERT, JOSEF, *Conocimiento de Dios por las vías de la razón y del amor*, Encuentro, Madrid 2013, 258 pp.

⁵³ Cfr. CATURELLI, ALBERTO, *El hombre y la historia: filosofía y teología de la historia*. Folia Universitaria, Universidad Autónoma de Guadalajara 2005, 344 pp.

⁵⁴ Cfr. CABRIA ORTEGA, JOSÉ LUIS, *Relación teología-filosofía en el pensamiento de Xavier Zubiri*, Editoiral Universidad Gregoriana, Roma 1997, 581 pp.

⁵⁵ Cfr. CIOLA, NICOLA, *Cristología y Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2002, 259 pp.

⁵⁶ Cfr. BOROBIO, DIONISIO, *Pastoral de los Sacramentos*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1996, 371 pp.

- j) La centralidad del *diálogo* con la *ciencia*. De ahí el éxito de la apologética, no sólo como disciplina, como en cuanto talante relevante en el quehacer teológico, subrayando la primacía de la teología de la fe en la que se mostraba que ésta no atenta contra la racionalidad⁵⁷.
- a) La presencia de una escatología de *ruptura*. Hay una ruptura entre el mundo de expectativas y el mundo de cumplimiento de infinito, en el que se alcanzará la plenitud del conocimiento y del amor que ahora sólo intuimos como visto en un mal espejo.

3.2. La hora de la *renovación de la Teología*

Es considerada la *edad de oro* de la teología contemporánea, marcada por la renovación de los estudios bíblicos y patrísticos⁵⁸, por la renovación de la vida litúrgica. Esta etapa se caracteriza por:

- a) Un saber para *comprender*: Se trata del momento hermenéutico de la Teología, de la desmitologización, de la teología del lenguaje, de la teología kerigmática, que se desmarcaban del esencialismo anterior. Se trataba de interpretar más que de saber⁵⁹.
- b) El *sentido* como problema, tal vez porque el entorno cultural mostraba una ausencia de sentido. Aunque no se dijera explícitamente, en el trasfondo de la reflexión se insinuaba que poco importaba la verdad; lo que importaba era el sentido. Bultmann nos lo recuerda con la renuncia al Jesús de la historia afirmando la necesidad de la decisión de la fe que da sentido a la vida⁶⁰.
- c) La filosofía del *sujeto*, o de la existencia. Encontramos corrientes como el personalismo, el existencialismo, la fenomenología, la filosofía del lenguaje... La filosofía del sujeto libre y autónomo busca no tanto la existencia de Dios, cuanto su *valor*. Se trata de una Teología que centra su preocupación en la existencia.

⁵⁷ Cfr. VILA, SAMUEL, *Manual de teología apologética*, 384 pp.

⁵⁸ Es muy interesante el esquema evolutivo de la teología del siglo XX que nos ofrece GIBELLINI, ROSINO, *La Teología del siglo XX*, Sal Terrae, Santander 1998, 633 pp.

⁵⁹ Cfr. BELDA PLANS, JUAN, *Historia de la Teología*, Palabra, Madrid 2010, 320 pp.

⁶⁰ Cfr. RUDOLF BULTMANN, *Creer y comprender*, S.C.M. Press, 1969, 348 pp.

- d) El uso de la *Psicología* en el quehacer de la Teología. Porque se trata de comprender e interpretar el mensaje, no simplemente conocerlo⁶¹. La preocupación por la libertad del acto de fe.
- e) La centralidad del *ethos* en el trabajo teológico. El comportamiento, el análisis ético del ser humano, contemplado como ser moral. La *fides qua* predominando sobre la *fides quae*. La fe con su finalidad de concesión de sentido a la vida del hombre.
- f) La persona como *ser ético*. Se trata de una antropología centrada en los valores y el sentido. La idea que subyace a la de *zoon poietikón*. De los tres trascendentales se es más sensible al bien y la belleza que a la verdad. Surge la teología del cuerpo, de los valores, del amor, del arte, etc.
- g) La primacía del *presente* en la reflexión teológica. Porque la existencia precede a la esencia y los valores a la vida. Es la teología de los signos de los tiempos, de una teología que escucha al mundo⁶¹. Una teología que busca dar razones para vivir, más que razones para creer. El *para qué* sustituye en su importancia al *por qué* reflexivo.
- h) Una teología de *salvación*. Que mira con especial sensibilidad a la *obra* de Jesús, a la soteriología. Lo que cuenta es lo que la vida de Jesús aporta a la existencia del hombre, lo que Cristo *predica* más que al Cristo *predicado*. Una sensibilidad que subrayará en la sacramentología el *ex opere operantis*⁶³.
- i) La centralidad del *diálogo* con los *valores*. La relación entre la fe y los valores. La fe ha de justificar no tanto su racionalidad, sino su valor y significado para la vida del hombre.
- j) La presencia de una escatología de *cumplimiento*. Los valores de este mundo son reconocidos y enaltecidos en su dignidad. No existe ruptura en el futuro, sino el cumplimiento de lo introducido. La escatología preferirá usar el término de *pleroma* al describir la eternidad final⁶⁴.

⁶¹ Cfr. SIVERIO BOTERO, JOSÉ, *Hacia una ética cristiana en renovación*, San Pablo, 1993, 193 pp.

⁶² Cfr. ORLANDIS, JOSÉ, *Los signos de los tiempos*, Rialp, Madrid 2006, 64 pp.

⁶³ Cfr. BOROBIO, DIONISIO, *o. c.*

⁶⁴ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, OLEGARIO, *La teología en España (1959-2009). Memoria y Prospectiva*, Encuentro, Madrid 2010, 597 pp.

3.3. Una Teología que mira al *compromiso*

Se trata de una teología marcada por la *práctica*, una teología del compromiso transformador de la realidad, de la liberación e incluso de la política⁶⁵. Las notas distintivas podrían ser:

- a) Un saber para *transformar*: para actuar. Como decía Marx de la filosofía, aparece como llamada a la Teología. No se trata tanto de interpretar el mundo, cuanto de transformarlo. Se prefiere una teología operativa. El hombre se interpreta como protagonista de la historia.
- b) La *acción* como problema, consiguiendo superar el sentido con actuaciones históricas concretas, inscribiendo la fe en la historia, haciendo presente la justicia o la libertad antes que la verdad y el sentido. De nada serviría conocer la verdad y alcanzar el sentido si no están garantizadas las mínimas condiciones sociales, económicas, políticas y culturales que lo hagan posible.
- c) La filosofía de la *acción*. Ya no ocupaba el primer lugar la existencia de Dios o su valor para el hombre, sino la cuestión práctica de ¿por qué un Dios? ¿Para quién queremos un Dios? Son teologías sociales, que se preocupan por inscribir la fe en un proyecto de sociedad en la que Dios es garantía de justicia y libertad.
- d) El uso de la *Sociología* en el quehacer teológico, ante la preocupación por el mundo y la inscripción de la fe en un proyecto histórico⁶⁶. Esta apelación influía en la imagen de Dios que presentaba el anuncio misionero de la fe. No se trata del uso exclusivo de esta disciplina sociológica, sino de un especial subrayado, como en las etapas anteriores, de esta disciplina de análisis de la realidad.
- e) La centralidad de la *praxis* en el trabajo teológico. En el compromiso concreto es donde la fe encuentra su sentido y legitimidad. No es tan importante quién es Dios, o que significado aporta a nuestra existencia, sino *qué quiere* Dios de mí. Podría hablarse de *fides quam*, de una fe practicada.

⁶⁵ Cfr. SEGUNDO, JUAN LUIS, *Teología de la liberación: respuesta al Cardenal Ratzinger*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1985, 195 pp.

⁶⁶ Cfr. GREGORY BAUM, *Religión y alienación: lectura teológica de la sociología*, Cistiandad, Madrid 1975, 321 pp.

- f) La persona como *ser político*. Apelación a la definición complementaria de Aristóteles que entendía también al hombre como *zoon politikón*. La antropología social objeto de preocupación de una teología de la praxis, que inscribe la fe en un proyecto nuevo de sociedad.
- g) La primacía del *futuro* en la reflexión teológica. Porque lo que cuenta es la historia por hacer. El objetivo marca su centralidad frente a la fidelidad a los orígenes o el descubrimiento de sus valores fundamentales. Dios es Señor de la historia, que requiere nuestra colaboración activa para que su voluntad se realice.
- h) Una teología de *liberación*. El Cristo que libera, no sólo del pecado personal (redención) sino del mal estructural y colectivo (liberación). Traducido en la valoración de la gracia con una eficacia en la que obra si nosotros obramos, una especie de *ex opere operando*.
- i) La centralidad del *diálogo* con la *sociedad*. El diálogo entre la fe y la sociedad, la justificación de la presencia de la fe en la historia y su autenticidad en cuanto generadora de justicia y libertad. La preocupación por la *ortopraxis* frente a la ortodoxia⁶⁷.
- j) La presencia de una escatología de *encarnación*. Es la reserva escatológica que se convierte en aguijón de la historia y de su transformación. La escatología es una *vigilancia* (Mt 24, 42) ante la realidad futura que estimula el compromiso presente.

Esta triple distinción que hemos hecho en etapas sucesivas, evidentemente no corresponden a etapas separadas en el tiempo e inconexas entre sí. Esa valoración es del todo inadecuada y, es por ello, que apelábamos a un reconocimiento *sumativo* en la historia de la Teología. Hay sensibilidades que caracterizan una etapa, un momento, pero que no son excluyentes. Aquellos protagonistas de una determinada sensibilidad han *sumado* en el camino del quehacer teológico. Han aportado una visión, una sensibilidad, una perspectiva, a una realidad que ha de ser adecuadamente interpretada como la suma total, y siempre incompleta, de todo esfuerzo humano por pensar y vivir la fe. Un esfuerzo que tiene como finalidad su anuncio. Lo que la convierte en un insustituible servicio pastoral en la Iglesia en favor del mundo y los hombres.

⁶⁷ Cfr. MORGANTE, MARCELLO. *La fe y las obras*, San Pablo, Bogotá 2009, 129 pp.

Si de esta manera, con el riesgo siempre de la parcialización injusta, hemos reconocido el pasado que es, de manera sumativa, presente. ¿Cuáles son las notas distintivas a la que nos llama hoy la realidad a la hora de pensar y entregar, de manera comprensible y *relevante*, la perenne riqueza de la fe?

No nos viene mal que, además de las invitaciones hechas por el Papa Benedicto XVI y el Papa Francisco, escuchemos las propuestas de teólogos que han entregado su vida a este servicio pastoral. Eso es lo que intentamos hacer desde las intuiciones de Adolphe Gesché.

4. Llamadas actuales que pueden ser relevantes: una decisión

Estas llamadas son expuestas por nuestro teólogo como objeto de amor teológico. «(...) *debemos también amar y entender las aspiraciones nuevas, y tratar de responder a ellas de una manera que nos renueve a nosotros mismos*»⁶⁸. Se trata de leer la situación actual desde el amor de Dios. Porque sigue amando este mundo, con deseo de salvación, porque en él habitamos los seres humanos. Este *amar* teológico nace en Dios. Sin él, nuestros diagnósticos del momento presente serán hechos desde los postulados de ayer; y hoy la voz de Dios se deja manifestar en formas que inquietan el corazón del hombre de hoy y le dan posibilidad de encontrar su Palabra y su Salvación.

4.1. La relevancia del «Yo»

La actual generación reivindica la identidad de manera fuerte. El *yo* de la identidad es defendido como aspecto relevante. Las ideologías grandes han caído, y con ellas la confianza en el *pedagogo* de la acción. Hacíamos, pero *yo* no era. Ahora lo personal se reivindica.

La primera lectura que hacemos de este fenómeno es diagnosticarlo como *individualismo*; y no siempre es mentira. Pero hemos de ir más allá. Cuando hoy se habla de una moral del *post-deber* nos referimos a este abandono de la ideología, especialmente de aquellas para las que el sujeto no tenía muchos derechos personales. La búsqueda de la relevancia del *Yo* es una reacción ante el sujeto colectivo anterior. El sujeto quiere restablecerse en sus derechos y dejar oír su grito, no sentirse abolido, expulsado, suprimido.

⁶⁸ GESCHÉ, ADOLPHE, *o. c.*, p. 44ss. Seguimos a este teólogo en sus intuiciones en lo que sigue.

No habría que hablar demasiado aprisa de *narcisismo* o de *neoindividualismo*. La sensibilidad ética no está ausente, aunque se rebele ante actitudes que dejan poco espacio a la felicidad personal y a la vida. La *compasión* ocupa el espacio que antes ocupaba la *solidaridad*. Y este cambio no es, sin más, un ahogo en el *emotivismo* irracional, sino la equidistancia entre la justicia sin entrañas y el amor ineficaz.

Aspectos profundamente arraigados en la entraña del Evangelio son acogidos con especial relevancia actualmente y, desde ellos, resulta fácilmente aceptable la globalidad del mensaje de Jesús: la llamada personal al seguimiento configurador con la persona de Jesús que me ama *por mi nombre*. La permanente presencia de Dios en *mi vida* con la acción de su providencia. Aspectos que no siempre se han ofrecido con la relevancia que merecen debajo de un espíritu comunitario que ahora la peculiaridad, o la canónica relectura de la gracia que olvida las situaciones especiales y peculiares de la biografía de una vida particular. Cristo murió por todos, sí; pero murió por cada uno de nosotros. Y esta no es una egoísta forma de entender la soteriología, sino una lectura conforme con el conjunto de la buena noticia en la que se declara evidente que *si un miembro sufre la totalidad sufre con él* (1 Cor, 15).

4.2. La relevancia de las «grandes cuestiones»

Tendrán otras formulaciones a las que la filosofía venía ofreciendo sobre el origen y el fin del sentido de nuestra vida. Hoy preocupan cuestiones como el *amor* o la *muerte*. Son las cuestiones de siempre y son cuestiones de gran calado y consecuencias. De hecho son las dos grandes cuestiones humanas.

Hemos de reconocer la aportación interpretativa de los interrogantes del hombre de hoy a Hannah Arendt, que aprendió la sabiduría de lo humano acompañando el proceso de morir de los enfermos terminales. La muerte como experiencia honda de humanidad y el amor como posibilidad de sentido. Y más que *la muerte*, como si se tratara de una realidad metafísicamente distinta de la verdad profunda de *mi muerte* que se presenta como realidad incuestionable y generadora de todo tipo de interrogantes. Hay un agotamiento frente al inmanentismo seco y descarnado de identidad personal. Surge un anhelo hondo por protagonizar la propia existencia y que se pueda soltar hilo trascendente a la cometa de nuestro vivir la realidad. Se despierta una *nostalgia del Otro* que, apela a experiencias místicas no siempre

acertadas, pero que dibujan un deseo profundamente antropológico al que Jesús, Nuestro Señor, da respuesta.

Si la misión evangelizadora asume la *verdad* y su descubrimiento como cuestión de fondo y fuerte, cuando el oyente y destinatario descubre en su corazón un hambre por el *amor* y su protagonismo en su biografía, se da un diálogo de sordos. Respondemos a preguntas que no se hacen y no entregamos el don más grande que hemos recibido, un *amor eterno de Otro* que nos posibilita amar de manera verdaderamente humana. Estas grandes cuestiones son las que dan sentido y orientación a la acción.

4.3. La relevancia del «mundo»

O el reencantamiento del *mundo*. El dominio que la ciencia ha realizado de la realidad, que hemos de reconocer como ingente e importante, lo ha convertido sólo en objeto de análisis, de estudio, de dominio. Y, en cierta medida le ha robado el alma. Ha puesto al ser humano en una situación aislada ante este mundo al que pertenece y del que surgen innumerables vínculos de sentido. Expresiones como *madre tierra* nos extrañan, nos repelen tal vez, pero son la expresión externa de una vinculación con el mundo que resulta humanamente relevante al hombre de hoy.

Como nos recuerda la sensibilidad ecologista, la nueva generación descubre en la naturaleza, a la que pretende escuchar y respetar, lo que descubre en los valores humanos, artísticos o lúdicos. Esta nueva apertura al cosmos no está lejos de las cuestiones metafísicas. Con consecuencias sociopolíticas que abandonas en cierto sentido el *contrato social* anhelando, en el fondo, un nuevo *contrato natural*. Es como si nos replanteáramos la gran pregunta sobre si es el hombre el único fin en sí mismo, o su fin es común con toda la realidad.

La Teología ha de sentir esta llamada que le ayudará a entender de forma renovada la promesa de los *cielos* y *tierra nueva*, que anhelamos, y que clama y grita *con dolores de parto*. La naturaleza no es sólo el lugar en el que el hombre está y vive, ni siquiera donde convive; es parte de su misma realidad porque es él quien ha *puesto nombre* a toda la realidad.

4.4. La relevancia de lo «Santo»

No es sin más, una *vuelta* a lo sagrado. Y existe, claro, y no en pocas ocasiones es fuente de fundamentalismos excluyentes. Pero puede ser la búsqueda

más que de lo sagrado de lo *santo*, de lo que por su pureza y grandeza, transgrede nuestras formas interesadas.

Sagrado sigue siendo una dimensión del ser humano. El hombre es un ser que *se mide con los dioses*. Y no debería extrañarnos que los jóvenes de hoy sean más sensibles a la religión y a sus manifestaciones externas que traducen la presencia de lo sublime y trascendente, que a la fe. Tocar a la puerta de un templo para contemplar en él la puerta del cielo. Esta dimensión, que tanto tiene que ver con lo estético, lo visible y lo sonoro, no deberíamos descartarlo si se despierta en nosotros el amar teológico que busca responder a las verdaderas preguntas del corazón de los hombres.

Con estas notas breves descriptivas, nos preguntamos si sería posible reelaborar el decálogo de la teología del momento presente, y si ésta es lo suficientemente *relevante* como para responder a su compromiso pastoral demandado por los papas. Intentémoslo:

4.5. Diez notas propias para una Teología relevante

Según Adolphe Gesché, más que describir con exactitud notas distintivas, lo que se puede exponer son desplazamientos teológicos propios de nuestro tiempo. Añadiendo la certeza de que se trata de aspectos que sumen a los desplazamientos anteriores.

- a) Saber para *conocerse*. Si estamos privados de nosotros mismos, ¿podremos conocer algo o conocer a alguien? Es la pregunta de Moisés, ¿«*Quién soy yo para ir al Faraón?*» (Ex 3, 11). El ateísmo actual no está en la inexistencia de Dios, cuanto en la falta de fe en la *existencia del yo*.
- b) El discurso de la *vida*. Se trata de la traducción de un deseo profundo y de una necesidad urgente de *vivir*. La religión de los vivos y, sobre todo, del Dios que vive, no puede más que dar la razón a esta sensibilidad vital. Salvar el *vivir* es el contenido *relevante* de la Teología. Hablar de Dios es una manera de *pensar la vida*.
- c) La experiencia de la *contingencia*. La necesidad de expresar la racionalidad de la contingencia, de la limitación generadora de experiencia de compasión. La Teología, que ha favorecido tanto en Occidente el descubrimiento de la noción filosófica de *persona* ha de seguir respondiendo a este reto actual de la sociedad: el descubrimiento de la racionalidad de la contingencia.

- d) Una teología auxiliada por la *antropología*. Ya no se subraya la ciencia, la psicología o la historia o la sociología, sino la antropología. La antropología social o cultural ha de convertirse en ciencia auxiliar de la Teología. Al hablar de Dios habla del *hombre-que-habla-de-Dios* y vale tanto como otros discursos sobre el hombre.
- e) El camino de la *felicidad*. Se trata de una de las aspiraciones más profundas y sentidas de este tiempo. Y este es un espacio especial en el que la Teología tiene algo especial que decir al hombre de hoy, con dulzura y con cariño. Porque el hombre tiene el derecho y el deber de ser feliz, la felicidad es su patria y su destino, reconquistando al hombre como un ser de deseo y alegría. Convertir la felicidad en un trascendental.
- f) La condición humana de identidad: la *pasión*. O lo que es lo mismo, el ser humano como un *zoon pathetikón*, que es capaz de sentir, de sufrir, subrayando la sensibilidad, la fragilidad y la pasión.
- g) Mirar al *destino*. La vinculación de las etapas anteriores al pasado, al presente y al futuro, ahora se traducen en el destino. La tarea de la Teología es ayudar al hombre a redescubrir la trascendencia.
- h) La Cristología de la *revelación*. Un sentido recuperado del asombro, de la admiración, de la fascinación, así como de la compasión, de la ternura y de la alegría. Son lugares de revelación que acontecen en el misterio de Cristo.
- i) El diálogo con lo *secular*. Las etapas anteriores apelaban al diálogo con la ciencia, con los valores o con la sociedad. Ahora toca dialogar con la secularización, con la autonomía de la realidad temporal de forma especialmente respetuosa y asertiva.
- j) Una escatología de *destino*. Hemos de aceptar como un principio claro que no es ofensivo para el hombre que se le hable de Dios, de infinito, de absoluto, de eternidad. Se puede y se debe, discretamente pero sin pudor, volver a hablar de la eternidad. Quizás porque por fin se entiende como una dimensión de la temporalidad.

Conclusión

La Teología tiene hoy el reto de la «*educación metafísica*», un destino antes que una moral. Cuando el ser humano posee una concepción elevada de sí mismo, de la vida, de los demás, tendrá el gusto por vivir y, sobre todo, el deseo de ser moral y de comprometerse en la construcción de la historia. Esta situación otorga *relevancia* a la Teología, que posee, como don, claves profundas que contribuyen a la reconstrucción de la persona. Poseemos palabras *reencantadoras*, sabiendo que si hacemos esto cuando hablamos de Dios –objeto del servicio teológico– le hablaremos del Hombre al hombre. Así debe ser.

Esto nos exige superar los diagnósticos pesimistas. Porque desde el momento en el que una nota distintiva de la realidad social presente no encuentre en nosotros la estima amorosa, siempre que no sea objeto de juicio moral negativo claro está, estaremos perdiendo posibilidades de darle relevancia a la sabiduría de la fe. Somos testigos de un Dios que usa el lenguaje humano para entrar en comunión con los hombres. Reconocemos su pedagógica palabra en la historia pasada. Por eso, no podemos obviar que en el momento presente, las palabras humanas, con su significación actual, no posean capacidad para traducirle al hombre de hoy el inmutable depósito de la fe revelada. Un esfuerzo de traducción necesario y arriesgado, pero que nace de la obediencia a la Iglesia que, en sus últimos pontífices, nos ha pedido una actitud obediente de servicio pastoral a la fe pensada. Todos nosotros lo hemos hecho tantas veces, en un diálogo sencillo con un familiar o en la actividad pastoral con un fiel que se acerca a nosotros y nos pregunta algo... «*Lo que se quiere decir con esta afirmación es...*». Es la traducción espontánea de lo que reconocía Juan Arana como principios fundamentales de la interdisciplinariedad. Es lo que nos pedía el Papa Benedicto de ofrecer a los demás nuevos esquemas *representativos* a la altura de la capacidad, cada vez más especializada, de nuestros contemporáneos.

No siempre lo haremos bien. Pero la vocación y el carisma del teólogo incluyen la humildad de revisar y corregir siempre, de escuchar a los *Maestros* de ayer y de hoy y, sin pereza, deponer nuestro criterio ante el criterio de su *Magisterio*.

Pero este carisma⁶⁹ es necesario para que el *Magisterio* lo sea *hic et nunc*.

⁶⁹ Cfr. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La Teología hoy: perspectivas, principios y criterios*, en http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_cti_doc_20111129_tologia-oggi_sp.html. [On Line 30 de julio de 2017] «*Las afirmaciones críticas de los teólogos*

Quiero concluir, desde Tenerife, felicitando a la Diócesis hermana de Canarias por la celebración de su IX Sínodo Diocesano que sigue siendo en nuestro Archipiélago una luz para el servicio del Evangelio, también, *hic et nunc*.

deben ser siempre constructivas; deben ofrecerse con humildad, respeto y caridad: «El conocimiento (gnosis) engríe, mientras que el amor (agape) edifica» (1 Cor 8,1)» (n. 35) «Los obispos y los teólogos tienen vocaciones diferentes, y deben respetar las competencias propias de cada uno, para evitar que el Magisterio reduzca la teología a mera ciencia repetitiva o que los teólogos pretendan sustituir el Magisterio de los pastores de la Iglesia.» (n. 37) «La comprensión de la Iglesia como comunión es un buen marco en el que considerar cómo la relación entre los teólogos y los obispos, entre la teología y el Magisterio, puede ser de colaboración fructífera. Lo primero que hay que reconocer es que tanto los teólogos en su tarea, como los obispos en su magisterio, se encuentran bajo la primacía de la Palabra de Dios, y nunca por encima de ella. Entre los obispos y los teólogos debería haber una mutua colaboración respetuosa: en su escucha obediente a esta Palabra y en la proclamación fiel de la misma; en su atención al sensus fidelium y en el servicio para que la fe crezca y madure; en su preocupación por transmitir la Palabra a generaciones futuras, respetando las nuevas cuestiones y retos; y en su testimonio lleno de esperanza de los dones ya recibidos; en todas estas tareas, obispos y teólogos tienen sus respectivos cometidos en una misión común, en la que teología y Magisterio encuentran su propia legitimación y finalidad. La teología investiga y articula la fe de la Iglesia, y el Magisterio eclesial proclama esa fe y la interpreta auténticamente» (n. 38).